

32.584,007

(Cuento)

Era por el año 2500. Ya existían entre los hombres muchos ejemplares de acero, grises y automáticos, de músculos metálicos y organismo mecánico como predijo Marinetti o los soñó Villers.

La mujer era una cosa más, que llenaba, como una cuña, la falta del obrero del taller o del subterráneo.

Enormes bombas desinfectantes absorbían con exactos intervalos de tiempo el aire viciado de la ciudad.

Los burgueses se transportaban sobre la urbe en vagonetes especiales, que cabalgaban, fantásticas, en las ondas invisibles de poderosas corrientes eléctricas.

La sirena oficial despertaba al negro ejército laborioso por la mañana y le enviaba a encerrarse, para la futura labor, a una justa hora de la noche.

El sueño, el sol, el pan, el aire, el alcohol, el azul ! se repartían equitativamente con el control de los directores del pueblo: higienistas, financieros, sociólogos....

Los privilegiados, en connivencia con un gobierno,—que emanaba de ellos—habían instituido el servicio del trabajo obligatorio y ya no se veían por las calles pulidas y relucientes y por las plazas de mármol, fastuosas y deslumbrantes como jardines encantados,—a los simpáticos y astrosos atorrantes y a los dulces y bohemios gorrones...

Por ese entonces, en el piso cuarenta y tres de un enorme casillero, donde se alojaban artesanos, nació un chiquillo que presentaba alarmantes síntomas morbosos.

El Consejo de Salud Social que había venido a inscribir al novel soldado, al nuevo guarismo ciudadano, a

quien correspondió el número 32.584,007, dictaminó que se le llevase a la Junta de Médicos para someterle a examen.

Los sesudos hombres de ciencia, de voluminosas cabezas mondas, tras una prolija y laboriosa observación expidieron su fallo: Aquel fenómeno era un ejemplo de ancestralismo, algo como un « salto atrás » en la maravillosa evolución del hombre; probaba aquello hipótesis científicas relegadas al olvido. Era digno de atención!

Aquel montoncito de materia rosada y fofa, tenía dentro una cosa rara, una roja viscera sensitiva, palpitante, ¡ un corazón !

Se pensó en extraerle el órgano, ridículo en tal época ! pero, previamente, quiso un sabio erudito, especializado en paleontología, dar una conferencia sobre el « homo sentimental », especie desaparecida, compuesta de antepasados absurdos, altruistas y sentimentales, con individuos ociosos que cantaban,—lamentables,—el dolor, el misterio y los claros de luna ! . . . Le exhibieron en un anfiteatro de disección, traspasado por los rayos ultrapotentes de cincuenta aparatos escrutadores.

Se resolvió conservar el curioso ejemplar, analizando el curso de su vida y sus probables complicadas y desconocidas manifestaciones.

El 32 millones y pico, contra los pesimistas augurios, se desarrolló saludablemente. Y resucitó, para asombro del mundo, un antiguo vocablo olvidado, sobre el cual habían leyendas de sortilegio: *amor*. Se iluminó de ese sentimiento; amó y lo amó todo !

Sintió la dentellada feroz de la injusticia y quiso luchar contra ella. En su jardín interno el amor se volvió canto y nació con alas, con una palpitación de libertad virgen !

Aquello hubiera sido sorprendente si no fuese disparatado. Le encerraron en un manicomio.

Logró evadirse . . . y en la sombra, en el fondo de los subterráneos y sobre las más altas torres, válido de todos

los recursos de la época, se dió a una propaganda furiosa, desesperada.

Conquistó muchos adherentes, infinidad de prosélitos porque inventó un reactivo: el descontento.

Proclamó la violencia; clamaba su verba: « Existe otro vivir ! yo lo anuncio ! aquí dentro canta una voz augural la belleza de una futura ciudad de armonía ! Es preciso destruir esto ! Nada se alzaré sobre los cimientos de lodo. No han de surgir los frutos de oro de las raíces podridas ! ; Acción ! »

Y la multitud, afónica de entusiasmo, ebria de un vino de revancha, clamaba su trágica amenaza: ; matemos ! ; quememos ! ; destruyamos !

Todo se llevó en una perfecta reserva. El hilo de las conspiraciones fué enredando, veladamente, los viejos organismos contemporáneos. Los guarismos (que parecían volverse hombres) obraban muda y eficazmente.

Un día estalló la incontenible explosión vengadora: empezó a retremblar la inmensa cosmópolis, como si un fabuloso movimiento sísmico la estremeciera; se derrumbaban las iglesias, las casas de banca, los cuarteles, las academias. . . . entre formidables detonaciones y crepitar apocalíptico.

Los burgueses volaron con sus familias en los aeroplanos; algunos, menos previsores, se dejaron sorprender y murieron.

Los químicos asalariados del estado, y los señores, hicieron, nuevamente, de la ciencia, un instrumento reaccionario: una sola descarga de gases semi-axficientes inmovilizó al negro ejército reivindicador.

Bajaron los emisarios, provistos de escafandras, como los buzos, a dominar el grisú de la rebeldía.

La vida,—como quizá tantas veces,—fué más fuerte que el ideal. No pasaban muchos minutos cuando la marea arrolladora se sometía con un hondo gruñido de rabia contenida.

Entonces, aquella enorme hidra enfurecida, quiso vengar en 'alguien su ira, su duro sufrir, su negra esclavitud y recordó al 32.584,007, maldito, que les había engañado, que les había deslumbrado con la bella utopía. — Su fobia tenía que saciarse con sangre.

Los guarismos máximos creyeron, filosóficamente, que aquella sería su mejor venganza. Y desde las atalayas de sus observatorios asestaron sobre la plebeya tragedia los discos puros de sus gemelos.

El ejército negro recorría las calles estremecidas a su clamor salvaje. Un olor de crimen y de calvario les nimbaba ferozmente. Le preparaban al apóstol visionario bárbaro martirio: su carne alimentaría como un aceite diabólico los engranajes de las máquinas monstruosas.

La multitud oscura aullaba y se revolvía amenazante, pareciendo los mil anillos de una estupenda boa enfurecida.

El 32.584,007 se sintió perdido; desde la ventana de su rascacielo les miró venir. Su madre lloraba!... (aún restaban en la humanidad las benditas lágrimas de las madres!)

El se llenó de un gran arrepentimiento y de un deseo imperioso de vengarse de su utopía, de su hermoso sueño fracasado.

Sintió estremecerse aquello que llevaba dentro: rojo, palpitante, sensitivo! ¡el gran equivocado!....

Se lo arrancó altivamente y lo arrojó como un pedruzco sanguinolento, a la muchedumbre aullante que llegaba con el sordo rumor de sus vociferaciones bajo su ventana....

Tembló en el aire una roja parábola imaginaria entre el soñador y el pueblo!

¡ Esta es la historia del último corazón !